



Un día cualquiera en nuestra vida

Per Rosa Mellado

Un día cualquiera en nuestra vida puede modificar todo cuanto estás a punto vivir. Habrá cosas que te gusten más o menos, otras que deberás realizar con más interés o no. Este es mi caso.

Era un martes del mes de noviembre. Hacía cierto tiempo que venía aplazando una visita a un familiar ya mayor que está en una residencia. No me llegaba a decidir por su condición avanzada de cambio físico y mental. Sabía que eso me iba a afectar muchísimo, como ocurrió la vez anterior que fui a verla.

Es posible que os preguntéis cómo puede ser. Si es un familiar, o aunque no lo sea, muchos van a verlos para hacerles felices, por lo menos un rato, sobre todo si están solos. Porque ya sabemos que muchos de ellos acaban poco menos que abandonados. Se olvidan de visitarles y, la verdad, es muy triste y lamentable que eso ocurra.

Pero como, iba diciendo, este martes me levanté con la firme determinación de hacer esa visita postergada. Ahora me alegro mucho de haberla hecho, y eso que me encontraba algo indispuesta. Pero era algo que tenía pendiente y no podía dejar de hacer.

El día algo soleado ha acompañado favorablemente mi intención, porque todo en la vida depende de la intención y actitud que pones en el cometido. Además, estoy en una etapa de la vida en la que me alejo de discusiones. Si me dicen que uno más uno es cinco, les doy la razón y sigo feliz. Siempre me dediqué a los demás sin pensar en mí. Tal vez esto no venga a cuento o tal vez sí, porque, según nuestro estado de ánimo, actuamos de una manera u otra. Sigo con mi visita a la residencia.

Le había comprado algo de ropa. Incluso se la había marcado con su nombre. Nada más llegar, en la recepción me advierten de un cambio: ellos mismos marcan la ropa haciendo uso de un código de barras y no sé qué más.

Se han modernizado. También últimamente se han producido una serie de cambios en todos los aspectos: de personal, de dirección. Parece que los anteriores trabajadores han durado muy poco en sus respectivos cargos,



pero supongo que debe de ser normal. No todos están preparados para aguantar ese trabajo, que es bastante duro. Al final de la jornada, debe de afectarte, a no ser que tengas mucho coraje. Sí, es cierto que hace falta personal para atender y ayudar a los más desfavorecidos, enfermos o gente mayor, porque nadie quiere hacerse cargo. Algunos sí lo hacen, pero los problemas cotidianos, el trabajo, los hijos pequeños o problemas con la pareja lo dificultan. No todos pueden cumplir. Habrá alguno que sí, porque en toda regla hay una excepción, porque de todos es sabido que el hombre tira más a la familia de la mujer. También habrá casos en los que los hijos o hijas salgan rebeldes, interesados, y no quieran o no puedan hacerse cargo. En fin, aquí se puede aplicar el dicho de que un padre está para cien hijos y un hijo no puede estar para un padre. Pero prosigo con mi historia.

Cosa curiosa, al principio me fue imposible localizar a mi familiar. Pedí ayuda a una trabajadora que me acompañó muy amablemente al punto donde ella se encontraba. Unos estaban viendo una película, otros dormidos en sus asientos. Otros jugaban al dominó, a las cartas. Otros andaban de aquí para allá, pasando el tiempo, ese tiempo que ya no pueden dedicar a hacer lo que tal vez les gustaría por las circunstancias de la vida.

Ella estaba sentada y en la misma mesa se hallaba otra compañera. Ponía cara de aburrida. Cuando le toqué el el brazo, levantó su cabeza sorprendida. Inmediatamente fijó su mirada en mí y pronunció mi nombre. No sabría expresar lo que sentí en ese momento. Me alegré de que me reconociera, pues unas semanas atrás, cuando la llamé por teléfono, su mente desvariaba.

Le propuse que saliésemos juntas de aquel recinto para charlar un rato. Quería comprobar hasta dónde podía llevar una conversación a solas con ella. A medida que avanzada la charla, empecé a sentir que me golpeaban los recuerdos de nuestro pasado común, que el tiempo corría desde esas épocas anteriores hasta llegar al punto en el que me encontraba. Ella ya era otra, pero igual de feliz al verme. Me recorrió el cuerpo una especie de paz interior y percibí en sus ojos, ya cansados y tristes por la edad y la enfermedad, la felicidad de estar juntas de nuevo. La besé, le acaricié la cara, le estuve enseñando algunas fotografías familiares. En alguna salía ella más joven y guapa, porque era muy guapa.

Ella está feliz en su mundo. En apenas unos instantes recorre veloz por mi mente los días en que yo era pequeña y ella me contaba cuentos con todo lujo de detalles. Me encantaban. Cómo me encantaba estar con ella. Era



como mi segunda madre. También adoraba sus manos, tan creativas. Sabían hacer todo tipo de cosas a la perfección. Vestidos, trajes de caballero, jerséis, punto y unos bordados fantásticos. Sus manos eran capaces de reproducir todo lo que sus ojos veían. Me llevaba vestida como una muñeca, no me faltaba de nada. Me hacía parecer más mayor, como una señorita de casa bien.

He comprendido que no es el tiempo lo que separa a las personas. Son el mal, la hipocresía, la traición, el egoísmo y la falta de respeto. Y, sobre todo, esa falta de valores. Tarde o temprano, todo en la vida se va poniendo en su sitio y a todos nos llega el final. Un final siempre triste, pero que puede no serlo tanto si estás acompañado y te sientes querido, aunque sea solo por un familiar más o menos cercano. El momento de la despedida es duro, cuando yo me voy y ella vuelve a quedarse entre esas cuatro paredes, me mira tras los cristales y, mandándome besos con la mano, me pide que vuelva pronto, porque me estará esperando. La escena me deja con una inevitable congoja en el pecho. Tarde o temprano, una de las dos faltará a la cita.

No sé si estaréis de acuerdo conmigo, porque resulta muy difícil el tiempo o la etapa de la vida actual que nos ha tocado vivir, pero creo que lo que debería unirnos unos a otros es el respeto y el amor. El mismo amor que le tengo yo a mi querida hermana Carmen.